

Y los dos despues de haberse abrazado se separaron.

Fernando en vez de seguir la ruta que debia sacarle al camino real, quiso hacer un pequeño rodeo para pasar por detrás de la casa de Clemencia acaso para verla por la última vez; pero la puertecilla del jardin estaba cerrada y al través del enverjado no se distinguia ninguna persona en él.

Por consiguiente, el jóven no vió á Clemencia que oculta detrás de un bosquecillo, le siguió con la vista durante algun tiempo hasta que le hubo perdido.

—Y ahora, exclamó la niña con acento desgarrador, tendiendo los brazos en la direccion en que el ginete habia desaparecido; ¡ahora, amor mio ¡adíos! ¡adíos! ¡adíos, para siempre!

Y al decir estas palabras, cayó desmayada sobre el frio y duro suelo del jardin.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO VII.

Del ventajoso cambio que hizo Gil Gomez con un religioso de la órden de San Francisco.

Si el lector recuerda lo que le hemos dicho acerca del intenso amor que Gil Gomez, profesaba á Fernando, le parecerá ciertamente muy inverosímil, la manera tan sencilla, con que fué alejado al tiempo de la partida del jóven teniente; pero esta inverosimilitud cesará para el lector cuando sepa dos cosas; la primera que Gil Gomez habia formado su plan, que consistia en seguir á Fernando, y servir en clase de soldado en la compañía á que éste fuese destinado, y la segunda que habia sido encerrado, encerrado en el pajar, lo mismo que si fuera un niño de ocho años, encerrado por medio de un ardid ingenioso que consistió en enviarle el hacendado por un objeto y echar la llave por fuera, conociendo que éste era el único medio de impedir un lance desagradable. Para poner en plan-

ta su plan contaba primero, con su amor entrañable á Fernando que le hacia insoportable la vida lejos de él, despues con un caballo ciego que le pertenecia esclusivamente y algunos reales que formaban sus ahorros de un año. Por consiguiente, cuando comprendió el ardid de que habia sido víctima, primero golpeó la puerta y las paredes, dió gritos espantosos y se desesperó verdaderamente; pero al cabo de un momento permaneció silencioso y se consoló, considerando que de todas maneras le habria sido imposible partir junto con Fernando, porque el hacendado y los criados habrian impedido su fuga, la cual se verificaria á la primera oportunidad, acaso en la misma noche, y lo único que habia resultado era una diferencia de horas y por consiguiente de distancia, diferencia que desaparecería con la precipitacion en la carrera, ó en el último caso ¡qué importaba llegar á San Miguel el Grande, uno ó dos dias despues de Fernando! Consolado con estas ideas, el futuro soldado se tendió primero sobre la paja para descansar, despues la naturaleza y la desvelada de la noche anterior, lo dominaron y se durmió profundamente, tan profundamente, que ni sintió que al medio dia abrieron la puerta con precaucion y al verle dormido dejaron junto á él una comida completa, volviendo á cerrar la maciza y sólida puerta con menor precaucion y mas ruido. De cuando en cuando el jóven se estremecia en medio de su sueño, ejecutaba algunos movimientos, ó articulaba algunas palabras ó gritos de guerra, tales, como: "A ellos" "adelante," "avancen." Era que estaba soñando; se soñaba en medio de una batalla; pero no en clase de simple soldado sino de brigadier nada menos,

y por consiguiente con una gran responsabilidad encima, á su lado combatia Fernando; el zumbido de un moscon que giraba en derredor de las paredes de su encierro, le parecia el estruendo de los cañones, y los ruidos levisimos que el movimiento de su respiracion producía en la paja sobre la que estaba durmiendo, los gemidos de los heridos y moribundos; pero era una batalla de un éxito muy dudoso para él, puesto que los enemigos eran en número cuatro veces mayor que sus soldados, y veia á estos sucumbir, defendiendo el terreno palmo á palmo; por último, los pocos que quedaban en pié, huyeron y se dispersaron al ver cargar á sus contrarios, dejando solos á él y á Fernando, que viendo que no habia otro partido que tomar ya, se pusieron tambien en fuga; Gil Gomez picaba en vano á su caballo, pero éste no avanzaba y parecia clavado en tierra, ya oia el galope de los soldados y los gritos de furor de sus perseguidores, y su montura no avanzaba; quiso echarse á tierra y huir por su pié, pero nada, parecia tambien clavado en la silla, ya se oian los gritos mas cercanos y hasta disparaban tiros al percibirle; quiso defenderse al menos para vender su vida lo mas caro posible, pero imposible, parecia una estatua de panteon, sintió el frio de una pistola sobre su sien, hizo un esfuerzo supremo, dió un grito de terror y despertó sobresaltado. Cerca de dos minutos permaneció todavia con los ojos abiertos, sin poder darse cuenta del lugar en que se hallaba y por qué casualidad habia escapado de aquel peligro inminente que le habia amenazado; por último, poco á poco fué reconociendo las localidades y recobrando la memoria, se acordó de cómo habia sido encerrado y por qué motivo, y se incor-

poró quedando no poco asombrado al encontrar junto á sí, varios platos con alimentos; satisfizo el hambre imperiosa que le dominaba, tomando algunos bocados y se acercó á la puerta para espiar por una hendedura lo que afuera de su prision pasaba; el corral hácia el que ésta daba, estaba desierto completamente, el sol comenzaba á caer, debiendo ser ya lo menos las cinco de la tarde; habia dormido por consiguiente la friolera de diez horas y de nuevo se desesperó, volviendo casi á la misma exaltacion de la mañana; pero despues reflexionó que no debia pasar mucho tiempo prisionero y que acaso dentro de un momento se le devolveria su libertad querida; por consiguiente comenzó á pasearse á lo largo de su encierro silencioso y preocupado acaso por los preparativos de su fuga. Al anochechar sintió que la puerta se abria dando paso á Don Estevan que le dijo con acento afectuoso:

—Gil, ya puedes salir, siento haberme tenido que valer de esta estratagema para alejarte de mi hijo; pero como eres tan niño y tan caprichoso, es necesario tratarte como tal, puesto que no te convences con razones.

—Ha hecho vd., perfectamente padre mio, dijo Gil Gomez con tono compungido; ahora me alegro, porque indudablemente me habria sido imposible ver partir á mi hermano, sin acompañarle, mientras que ahora viendo que ya no hay remedio, comienzo á consolarme.

—¡Oh! sí, ¡hijo mio! ya sabes que siempre vivirás á mi lado, por que te he amado con el mismo cariño que á Fernando, ahora los dos esperamos su vuelta ¿no es verdad?

Gil Gomez no respondió, porque se le hizo es-

crúpulo, dar en su corazon tan franco y tan generoso cabida á dos pasiones que aborrecia, la mentira y la ingratitud.

—¡Bueno! ¡bueno! continuó el hacendado, ahora vamos á cenar porque segun veo nada haz comido y todo el día lo haz pasado durmiendo.

Y los dos salieron de la improvisada prision.

Las primeras horas de la noche, las pasó Gil Gomez en compañía de Don Estevan permaneciendo ambos tristes y pensativos. A la hora de retirarse cada cual á su aposento para dormir, Gil Gomez, sintió un impulso de remordimiento, al abandonar á aquel hombre honrado que durante tantos años le habia amparado con un cariño verdaderamente paternal; sintió que su corazon se despedazaba al dar cabida en él á la ruin pasion de la ingratitud y tal vez iba á arrepentirse de su resolucion; pero tambien pensó en Fernando, consideró el horrendo vacío de una vida pasada lejos de él y se sintió debil para sufrir esa existencia, resultando de esta lucha que tuvo lugar en su alma durante un momento, que en sus ojos apareciesen dos lágrimas que rodaron silenciosas á lo largo de sus mejillas, y que estrechase besando la mano de Don Estevan.

—Hasta, mañana, hijo, dijo éste con cariño.

—¡Adios! ¡Adios! ¡padre mio! murmuró Gil Gomez saliendo violentamente de la pieza, porque sentia que los sollozos que le estaban reventando el pecho iban á estallar, y lugo que se halló en su habitacion, dió libre curso á sus lágrimas, librando-se así de un peso con que se sentia ahogar. Despues abrió su cómoda, estrajo de ella su maleta de viaje ya preparada de antemano, y que contenia además de dos ó tres vestidos, un bolsillo lleno de

monedas de plata, que segun hemos dicho formaban sus economías de un año, escribió durante un rato el siguiente papel que dejó sobre su mesa y que iba dirigido al hacendado.

¡PADRE MIO!

Soy un ingrato, soy un infame en pagar con una villanía los inmensos beneficios que de su mano de vd. he recibido durante diez y nueve años; pero ¡ay! me es imposible vivir separado de mi hermano y corro á alcanzarle, á cuidarle, á vivir á su lado, aunque sea en clase de soldado.

¡Perdon! ¡perdon! padre mio ¡Adios! le dice á vd. su hijo.

GIL GOMEZ.

Luego estrajo de un cajon de su mesa, un par de pistolas que á pesar de las composturas que Gil Gomez les habia hecho varias veces, mal ocultaban su origen antiguo, pues databan nada menos, que de la época de la invasion de Lorenzillo en Veracruz; las ató á su cintura, despues de haber probado el gatillo; tomó de un rincon una larga espada forrada de cuero y cuyo orin depositado por el tiempo, apenas habia desaparecido á fuerza de frotamientos y limaduras, se la cinó y esperó á que todo estuviere en silencio en la hacienda. A la media noche, abrió con sigilo su puerta y al ver la quietud que en los corredores y patios reinaba, comprendió que ya todo el mundo dormia profundamente, bajó de puntillas con su maleta al hombro hasta el corral en que se encontraban los ca-

ballos y desató uno de ellos despues de haberle reconocido y colocado una montura medio vieja que en un cuartito, junto al pesebre se hallaba tirada en el suelo.

Era un caballo que aunque en otro tiempo habia sido el primero de la hacienda, ahora habia cegado completamente, aunque conservando sus ojos en el estado natural y todo su brio y movimientos primitivos, esponiendo por consiguiente al audaz ginete que osase montarle, á todos los peligros posibles.

¡Y porqué, entre cien caballos que habia en la caballeriza, escogia Gil Gomez este que era indudablemente el mas malo de todos?

Por un sentimiento de nobleza; porque le parecia que el crimen que á su entender cometia con fugarse, se haria mas horrible, tomando un cosa que no le pertenecia tan directamente como el mueble de que se iba á servir.

Despues de atar á la grupa del animal su maleta, le tomó por la brida y le condujo con precaucion hasta la puerta del corral, cuya tranca quitó con el mismo silencio, y despues de haberle montado, murmuró casi llorando. ¡Adios! casa querida en que yo ¡pobre huerfano! he encontrado, abrigo, pan y cariño. No sé que presentimiento me dice que ya nunca he de volver á habitar en tu seno, ¡Qué siempre las buenas gentes que te habitan, sean tan felices como yo le he sido hasta aquí!

Y despues de haber sollozado esta despedida, picó á su peligrosa cabalgadura y desapareció violentamente en la oscuridad de la noche á tiempo que la campana del reloj de San Roque sonaba la una. Casi toda la noche galopó con igual ímpetu, esca-

pando mil veces, gracias á su astucia y á su buen conocimiento de la brida, de una caída indudablemente mortal, de manera que al amanecer se encontraba á doce leguas de la aldea; y el resto de la mañana anduvo casi con igual precipitación, gracias á la fuerza de su montura, que hacia un mes, estaba en un completo reposo; al medio día se detuvo en una venta para tomar un bocado y dar un pienso á su caballo; pero con sentimiento tuvo que prescindir de la primera idea pues le dijeron que hacia solo dos horas, se habia dado lo último que quedaba á un relijioso y á su criado que viajaban.

—¿Pero no hay siquiera, huevos, frijoles ó tortillas? preguntó Gil Gomez que hacia cerca de veinte horas no probaba bocado.

—Nada, señor, le respondió el posadero, el padrecito ha comido lo que quedaba y podía alcanzar muy bien para cuatro pasajeros; pero parecia tener un apetito voraz.

—Bribon padrecito, dijo Gil Gomez á media voz, alejándose de aquella inclemente posada.

Al caer la tarde, distinguió por fin una casa que por su aspecto y el portalejo que le formaba frente, indicaba desde luego ser un meson; se acercó á ella violentamente y con gran satisfacción porque ya el hambre se le hacia insoportable leyó encima de la puerta con letras enormes y casi ininteligibles.

MESON DEL BUEN SOCORRO,
SE HACEN ALMUERZOS, COMIDAS Y CENAS,
SE VENDEN
PULQUES Y PASTURAS PARA LOS ANIMALES.

—¡Bueno! dijo Gil Gomez, esta venta sí, no se

parece á la de esta mañana y me voy á desquitar, porque hace veinticuatro horas no pruebo bocado y tengo una hambre horrible.

Y frotándose las manos entró al patio de aquella hospitalaria mansion.

El posadero viejo alto y seco que era la personificación mas viva del hambre, salió á recibirlo.

—Buenas tardes huésped; á lo que veo no hay muchos cuartos vacios en este magnífico meson, dijo Gil Gomez con acento de franqueza y cordialidad, procurando ganarse la estimación del posadero.

—Se engaña vd., señor mio, respondió éste con acento agrio como hombre que está acostumbrado á ejercer un dominio absoluto, se engaña vd., porque solo uno está ocupado.

—¡Ah! conque hay esta noche pocos pasajeros, ¡es raro! porque la venta tiene fama en todos estos alrededores.

—Sí, uno solamente.

—Acaso un....

—Un venerable sacerdote, interrumpió el huésped, llevando su mano al sombrero en señal de respeto.

—¡Ah! un frai.... dijo Gil Gomez visiblemente contrariado por la presencia de aquel viagero que llegaba antes que él á las posadas, y que le recordaba el lance de la mañana.

—¡No desmonta vd?

—Sí; haga vd. que me preparen un cuarto, que le den un pienso á mi caballo colocándole en el mejor establo, porque aquí pienso dormir esta noche; pero sobre todo, dígame vd. lo que hay preparado de comida, porque tengo un apetito, como el que puede despertar el aspecto de esta venta.

—¿Cómo, lo que hay de comida? preguntó el posadero.

—Sí; cualquiera cosa, me conformaré con un pollo, unos huevos, un plato de *mole*, otro de frijoles, y... y nada mas.

—Pues es muy extraño que no sepa vd. que aquí no se vende comida, sino solamente pasturas para los animales, dijo impasible el posadero.

—¿Cómo, cómo? ¿que está vd. diciendo? ¡Ah! sí, ya comprendo. Es vd. hombre de buen humor y se quiere chancear conmigo, al ver el terrible apetito que traigo, dijo Gil Gomez con una sonrisa forzada, queriendo él mismo disminuir el mal efecto de las palabras del posadero.

—No soy hombre que gasto chanzas, dijo éste con sequedad, le he dicho á vd. que aquí no hay comida y que solo se venden pasturas para los animales.

—¡Bien! ¡bien! continuó el hambriento viajero, intentando aturdir su dolor y caer en gracia al impasible ventero, con una estrepitosa aunque falsa carcajada, ¡bien! veo que sabe vd. llevar la broma hasta el fin, así me gusta, yo tambien soy hombre de ese mismo genio.

—Vaya, pues veo que esta vd. loco, caballero y que nada tenemos que hablar, murmuró el posadero volviendo las espaldas á Gil Gomez.

Entonces el jóven viagero comprendió la realidad de las terribles palabras de su huésped y vió que no se prestaba mucho á la conversacion y la fraternidad.

—¡Pero, y ese letrado que está á la puerta, no me da acaso derecho á pedir una comida? pregun-

tó con un acento que no se podia saber si era una disculpa ó un reproche.

—Ese letrado, caballero, hoy no tiene ya valor, puesto que el meson ha cambiado ya de dueño y que si á mi predecesor, le convenia tener aquí una fonda á mi no me acomoda vender mas que pasturas.

Gil Gomez iba tal vez á observar que se habria debido borrar el letrado para evitar equívocos; pero reflexionó que en las circunstancias en que se hallaba debia procurar no atraerse la enemistad del huésped al menos, ya que no habia podido atraerse su amistad, de manera que solo dijo con tono humilde.

—¡Esta bien! pero vd. me hará favor de darme alguna cosa de su comida, porque hace veinte y cuatro horas que no pruebo alimento, habiendo atravesado todo el dia llanuras desiertas.

—Pues tengo que desairar á vd. porque el sacerdote que ha llegado hace media hora, me ha hecho la misma súplica y le he dado cuanto habia reservado para mi cena.

—¡Maldito fraile! dijo Gil Gomez exasperado al ver cerrado por aquel enemigo invisible el único puerto de esperanza que le quedaba.

—¡Silencio, jóven libertino! gritó el posadero insolentado al ver el aspecto humilde y catadura pacífica, que el viagero habia tomado para congraciarse con él.

Gil Gomez sintió hervir su sangre á este grito insultante y altanero y sacudiendo fuertemente el brazo del posadero, que se sentia apretar por una tenaza de fierro, con su mano izquierda; mientras que con la derecha se apoyaba sobre el puño de su

espada, le dijo con acento reconcentrado de desprecio.

—¡Insolente! si vuelves á levantar la voz para mí, tendrás que arrepentirte muy de veras; quitate de mi presencia y haz cuidar de mi caballo y disponer mi cuarto.

A este acento y á esta amenaza el posadero cambió como por encanto, bajó la cabeza y fué á ejecutar lo que se le habia mandado.

Gil Gomez comprendió que al romper con el posadero, no le quedaba ya mas puerto de salvacion, para satisfacer su apetito, que la clemencia de su desconocido enemigo el sacerdote, y tomada su resolucion por esta parte, preguntó á un criado que atravesaba el patio, conduciendo un caballo que aunque de mal aspecto á primera vista, desde luego pareció al jóven, que era una autoridad en esta materia, un escelente y fuerte animal para el camino.

—¿A quién pertenece ese magnífico animal?

—Al señor sacerdote que se ha alojado en el número cuatro, respondió el criado, admirado que alguno pudiese llamar á aquella cabalgadura de tan ruin aspecto, con el título de "magnífico animal."

—Con ese caballo, podria uno atravesar toda la Nueva España, y su dueño no sabe lo que tiene, pensó Gil Gomez y despues de haber permanecido un momento silencioso como si fraguase algun plan atrevido, se dirigió al cuarto número 4 que habian designado como habitacion del digno sacerdote, y llamó tímidamente á la puerta.

—¡Adentro! dijo una voz destemplada y vino.

—Gil Gomez abrió la puerta y se encontró frente á frente de un frailecito rechoncho y colorado

de ojillos pequeños y vivarachos, de frente estrecha y que vestia el traje de los viandantes de la órden de San Francisco; estaba sentado á una mesa encima de la cual se veian algunos platos con alimentos, una torre verdadera de *tortillas* y un vaso enorme de color verde que aunque debia haber estado lleno de pulque, ahora solo lo estaba en la cuarta parte, merced á las libaciones del frailecico.

Gil Gomez saludó cortesmente al reverendo, tomando el aspecto mas compungido y mas mustio que pudo.

—Buenas tardes, amiguito, ¿qué se ofrece? preguntó el frailecico despues de haber alzado sus ojos para ver á Gil Gomez, y vuelto á bajarlos para continuar comiendo, ó mas bien devorando lo que tenia delante.

—Como su paternidad y yo somos, segun parece, los únicos huéspedes que debemos alojarnos esta noche en la venta, he pasado á visitarle y á gozar un rato de su conversacion, respondió el hambriento viagero, admirado de ver desaparecer como por encanto la torre de *tortillas*; quedando ya casi reducida á sus cimientos.

—¡Bueno! ¡bueno! pues siéntese vd. y hablaremos.

—¡Buen apetito! segun parece, continuó el jóven, viendo que si no se apresuraba, iban á salir fallidas las esperanzas que habia concebido.

—¡Oh! sí, con razon, como que hace dia y medio que no he probado bocado, dijo el sacerdote hablando con dificultad porque tenia la boca llena.

Gil Gomez iba tal vez á desmentirle, pero consideró que en vez de perder un tiempo precioso en

inútiles discusiones, debía lo mas pronto posible ganarse la voluntad de su paternidad, y se limitó á decir tímidamente:

—Yo tambien, hace veinticuatro horas que no como.

—¡Ah! sí, ya comprendo; ha hecho vd. que le sirvan su comida en mi cuarto, para que comamos juntos y al par conversemos. Bien hecho, perfectamente, á mí me gusta la sociedad.

—Nada de eso, señor, nada de eso, porque en toda la venta no se encuentra mas comida que la que su reverencia tiene delante.

—¡Oh! sí, estos caminos son malísimos, y estas posadas muy inclementes, le aseguro á vd. amiguito que en los ocho dias que hace que me ausenté de mi convento, he pasado unos trabajos, que solo puedo sufrir esperando que su Santísima Magestad me los tenga en cuenta, dijo el fraile, alzando hipócritamente los ojos al cielo, á tiempo que engullia un enorme bocado, con que cualquier otro que aquel insaciable gastrónomo se habria satisfecho muy regularmente.

Gil Gomez sintió impulsos de arrojarse sobre el fraile que tan hipócritamente mentia y que á pesar de haber comido perfectamente ahora y en la mañana, se negaba á participarle de una pequeña cantidad de alimentos con que el jóven habria satisfecho la imperiosa necesidad que lo devoraba; pero pudo contenerse y decir:

—El convento ha hecho muy bien en elegir para sus negocios á una persona tan digna como su paternidad, que lleva por norma la caridad que se encierra en esas hermosas palabras de las obras de misericordia: “Dar de comer al hambriento.”

Esta vez el tiro era demasiado certero.

—En efecto, “amarás al prójimo como á tí mismo,” dijo el padrecito recalcando la pronunciacion sobre las dos últimas espresiones, y sin dejar un momento de engullir. Siempre he llevado yo por norma esas espresiones de los mandamientos de la Ley de Dios.

Gil Gomez conoció que por aquellas indirectas tan directas no podia sacar ningun partido del franciscano, y se dió prisa á declarar resueltamente su intencion, porque nada mas quedaban dos platos, que aunque podrian muy pasablemente haber satisfecho el hambre de cuatro personas racionales, no podian sin embargo, parecer gran cosa al ruin y engullidor franciscano, de manera que dijo:

—Pero ¿no podria su reverencia darme, aunque sea una tortilla, unas cucharadas de ese inmenso plato de frijoles y un poco de ese mole con que ahora se está deleitando?

—Parco es vd. en el pedir, caballero, pero con sentimiento le digo que como yo soy hombre que viajo, por la voluntad de Dios y para el bien de los pecadores, necesito conservar mi salud, que con nada se altera mas que con la falta de alimento, y como probablemente voy á dejar de comer otro dia y medio, como ahora me ha sucedido, quiero de una vez prevenirme para todo ese tiempo.

Y al decir estas palabras, el padre pasaba limpio ya, el plato del mole, preparándose á engullir con la misma precipitacion el último que quedaba de los cuatro.

Gil Gomez sintió un movimiento de profundo desprecio, hácia aquel hombre que se negaba á hacer, lo que él y cualquier otro habrian hecho en

circunstancias semejantes, pensó que en la mañana había hecho aunque sin saberlo lo mismo, y un pensamiento de violencia cruzó por su imaginación exaltada por el hambre. Era mas fuerte, tenía justicia, estaba en una pieza encerrado con el franciscano y podía obligarle por la fuerza á ejecutar lo que debía haber hecho por la caridad y el derecho de gentes; pero él era grande y generoso, y hubiera puesto en práctica su pensamiento, solo con un hombre mas fuerte que él, y no con aquel endeble é inofensivo fraile, así es que desechó sus ideas siniestras y determinó tomar una venganza de igual especie que el pequeño mal que se le había hecho y ¡cosa rara! para ponerla en ejecución pensó en el magnífico, aunque de ruin aspecto, caballo de su enemigo, que él, en su calidad de buen conocedor, había calificado á primera vista de excelente para correr sin fatigarse, que era lo que necesitaba para lo cual le era completamente inútil su caballo ciego, que además de esponerlo á mil peligros, había podido correr solo el primer día, gracias al reposo en que hacia un mes estaba; pero que al día siguiente se negaría á galopar una sola hora.

Esta lucha y este plan que se forjó en su imaginación le tuvo absorto cerca de cinco minutos, tiempo durante el cual, el padrecito hizo pasar al inmenso abismo de su estómago hasta el último fragmento de comida, dejando los platos tan limpios que ya no tenían necesidad de ser lavados.

—¡Vamos! ¿porqué está vd. tan triste? dijo este mirando á Gil Gomez con ojos medio dormidos, merced al inmenso vaso de pulque cuyos va-

pores comenzaban á subir á su cerebro desde su estómago.

—Es que aun tenia yo que pedir á su reverencia otro favor; pero no me atrevo.... dijo el joven tomando el aire mas cándido que pudo.

—A ver, diga vd., y si es posible....

—He visto el caballo de su paternidad y....

—¡Ah! sí, un caballejo, que he comprado ayer en un meson y que no sabe mas que ir á galope todo el dia, tan feo, como tan manso.

—Es, que con todo y eso puede tener admiradores, observó tímidamente Gil Gomez.

—Pues no se cómo eso sea, ni quien....

—Yo, por ejemplo

—¿Es posible.... vd.?

—Señor, le diré á su reverencia con franqueza lo que hay. Yo soy un joven á quien envian sus padres al colegio; pero como siempre he vivido en la ciudad y jamás he caminado, no sé absolutamente montar á caballo y por consiguiente he venido con mucho miedo por todo el camino, porque el caballo que me dieron mis padres es el mejor de su hacienda y está valuado en trescientos pesos, ya se figurará su paternidad que clase de animal será; él por otra parte parece bastante dócil á la rienda; pero yo sin embargo, prefiero tener uno mansito, aunque sea feo y le propongo á su paternidad un cambio.

—Pero yo no conozco al animal ni lo he visto andar, dijo el franciscano, procurando disimular la codicia que sentia de poseer aquel caballo, que valia trescientos pesos.

—Si su reverencia quiere pasar á la cuadra para que lo veamos, dijo Gil Gomez.

—Vamos, continuó el franciscano.

Y los dos salieron de la pieza dirigiéndose á la cuadra. Ya era completamente de noche, de manera que pidieron un farol para alumbrarse por el oscuro corral y poder reconocer al famoso animal. Gil Gomez le ensilló y le montó lo mas torpemente que pudo, á fin de hacer creer al religioso lo que acerca de su habilidad en equitacion le acababa de decir, despues tomando el farol, anduvo por toda la estension de la caballeriza, teniendo buen cuidado de alzarle la rienda á fin de que tomara un paso airoso y sin tropiezos.

El franciscano que contempló á aquel animal de tan bellas formas, de tan hermoso color, de tan nobles movimientos y de tan gallardo andar, no pudo menos de felicitarle interiormente de la casualidad que le habia hecho encontrar un colegial, que tal vez con una friolera de ribete le cambiaria por el suyo indudablemente inferior.

—¿Que tal? dijo Gil Gomez, que al descuido, habia observado los menores movimientos del franciscano.

—No, es muy bueno, el animal; pero sin embargo haremos trato ¿cuáles son las condiciones?

—El caballo de su paternidad y cien pesos de ribete, dijo el jóven.

—Ya es mio ese magnifico animal, de á trescientos pesos, y he ganado ciento cincuenta lo menos, porque mañana mismo lo vendo en la primera parte que se me proporcione, pues en cualquier meson me lo compran por ese precio; estoy seguro; pensó para sus adentros el franciscano.

—¡Ah! pícaro fraile, ya caiste y aunque me ofrezcas la mitad, siempre habré ganado cincuenta

pesos, que tu habrás perdido en union de tu caballo, porque mañana ó pasado, tendrás que dejar en el primer meson, ese inutil mueble, pensó á su vez Gil Gomez.

El franciscano para disimular su alegría, tomó el farol y reconoció, segun es costumbre, el colmillo; pero se pudo alegrar mas, porque estaba mirando que era jóven, demasiado jóven todavia.

—¿Se resuelve por fin su reverencia? preguntó el primero Gil Gomez.

—Es demasiado caro por que es mucho lo que quiere vd. de ribete.

—¡Ah! pues entonces ni hablemos mas, dijo el jóven descontento y volviendo las espaldas.

—No, no, aguarde vd, verémos si siempre nos arreglamos, daré cincuenta pesos y mi caballo.

—Es muy poco.

—Sesenta.

—Todavía es poco.

—Setenta.

Gil Gomez pareció ablandarse.

—Aumente otro poco su paternidad y queda cerrado el trato.

—Vaya setenta y cinco, dijo el franciscano, que sentia renacer la alegría que por un momento habia perdido, al sentir que se le escapaba de las manos negocio tan productivo.

—Pues de una vez ochenta y no hablemos mas, dijo Gil Gomez.

—Vaya los ochenta, murmuró contentísimo el padrecito.

Y despues de haber dado órden á su criado, el franciscano, con un tono casi burlesco, que pusiera á disposicion de Gil Gomez su caballo y que cuida-

se del que acababa de venderle, los dos se dirigieron al despacho del posadero á fin de estender y recoger mutuamente un contrato del cambio.

—¿A qué hora parte mañana su reverencia? preguntó el jóven.

—¡Oh! no soy muy madrugador porque mi salud se quebranta, de manera que saldré á las ocho de esta posada, respondió el alegre frailecito.

—Pues siento no acompañar á su paternidad, por que debo partir á las seis cuando mas tarde.

—Pues entonces, vamos de una vez á mi cuarto para que le entregue á vd. su dinero.

—Vamos.

Y los dos se dirigieron al cuarto, donde el franciscano contó al jóven ochenta pesos en oro y plata que estrajo de un cinto que debajo de los hábitos llevaba.

—Pues ahora, ¡buenas noches! mi padre, dijo Gil Gomez besando con hipocresia la mano del franciscano.

—Adios, hijo, respondió este con tono burlesco.

—Tonto muchacho, has vendido tu magnífico caballo de á trescientos pesos en menos de cien, porque el que llevas no vale ni treinta, pensó uno cuando el otro hubo salido.

—Bribon fraile, me has pagado el mal rato y el hambre que me has hecho sufrir en mas de cien pesos, porque dentro de dos ó tres días, no te dan por la maula que llevas ni veinte, pensó á su vez el otro cuando se encontró fuera del cuarto.

Gil Gomez corrió á su aposento, guardó cuidadosamente su dinero en su maleta, despues se dirigió á la cocina, consiguió con mil trabajos un pedazo de pan y una taza de pésimo y negruzco chocolate

con el que apenas satisfizo el hambre que le devoraba, pagó al huesped adelantado el precio del cuarto y de la pastura de su nuevo caballo, al que hizo dar un buen pienso y se tendió sobre el durísimo y estrecho jergon que habian bautizado con el nombre de colchon, adonde no tardó en dormirse profundamente.

A las cuatro de la mañana se levantó, ensilló su nueva cabalgadura, atándole á la grupa su maleta, y la sacó en silencio al camino.

—Pícaro fraile, tu debes partir hasta las ocho y por consiguiente te llevo cuatro horas de ventaja; cuando conozcas el chasco que te he pegado ya será demasiado tarde, dijo Gil Gomez lanzando su caballo á galope.

A las diez almorzaba perfectamente en un meson del camino real, desquitándose del hambre del dia anterior, y al despedirse, preguntaba á la posadera.

—¿No ha pasado por aquí un jóven alto, pálido que monta un caballo negro?

—Aquí ha dormido cabalmente esta noche; pero ha partido al amanecer, le respondieron.

—Está bueno, tu tambien me llevas cuatro horas de ventaja; pero con este lijero caballo hoy mismo me uniré contigo hermano mio, pensó Gil Gomez.

Y de nuevo lanzó su caballo al galope siguiendo la direccion del camino real.